

NACIONES UNIDAS

PROPIEDAD DE
LA BIBLIOTECA

C. 1



CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL



LIMITADA

ST/ECLA/Conf.20/L.11
25 de noviembre de 1965

ORIGINAL: ESPAÑOL

CONFERENCIA LATINOAMERICANA SOBRE LA INFANCIA Y
LA JUVENTUD EN EL DESARROLLO NACIONAL

Auspiciada conjuntamente por la Comisión Económica para América Latina, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, en cooperación con la Organización Internacional del Trabajo, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, y la Organización Mundial de la Salud

Santiago de Chile, 28 de noviembre al 11 de diciembre de 1965

LA JUVENTUD LATINOAMERICANA COMO CAMPO
DE INVESTIGACION SOCIAL

presentado por

José Medina Echavarría

Director de la División de Programación del Desarrollo Social,
Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social



PROPIEDAD DE
LA BIBLIOTECA

ST/ECLA/Conf.20/L.11
Pág. 1

La prédica en favor de un sostenido esfuerzo por conocer la realidad latinoamericana - sin cuyo apoyo es imposible todo propósito de acción política - tiene un dejo académico que no siempre se acepta con beneplácito. Quiere esto decir que los avances en el conocimiento de esa realidad, tarea lenta y a veces premiosa, si bien ha tenido avances innegables en estos últimos años, no han dejado de tropezar con fuertes obstáculos. Entre éstos, sólo quiero destacar dos. El primero proviene de la prisa "operativa" que sienten los afanosos por actuar con urgencia dentro de un mundo en rápida transformación. La necesidad de decidir día a día, sin aguardar el soporte de una investigación suficientemente "verificada" de las circunstancias, no exige mayores disculpas y justificaciones. Pero una cosa es hacer de la necesidad virtud, y otra muy distinta convertir ese comprensible escape en una postura dogmática que sólo considera y respeta lo eficaz. Con ello se lo trasmuta involuntariamente en lo que más teme, en una figura platónica. El segundo de los obstáculos consiste, a la inversa del anterior, en pecar por exceso, imitando prematuramente los temas, métodos y técnicas de investigación existentes en otras partes. En las ciencias sociales el afán por estar al día fuerza a emprender estudios en que luzcan las más refinadas técnicas del momento, sin percibir no sólo que muchas de ellas arrastran las estructuras sociales a que se aplican y en vista de las cuales se idearon, sino la simple dificultad o la completa imposibilidad de su empleo adecuado por falta de los imprescindibles instrumentos personales y financieros. Lo malo es que en esos esfuerzos baldíos se malgastan energías aprovechables para investigaciones más modestas y mucho más al nivel de nuestras sociedades. La preocupación por no quedar a la zaga en la realización de "investigaciones de campo" - con toda la pesada y costosa "batería" que demandan -, unida al excesivo desdén por los estudios de gabinete, hace que carezcamos de algunas imprescindibles monografías de base que no sería muy difícil obtener. Así, por ejemplo, la naturaleza

/predominantemente agrícola

predominantemente agrícola de la economía latinoamericana justifica la aspiración a contar con el mayor número posible de estudios bien preparados sobre los distintos tipos y peculiaridades locales y técnicas de la actividad agrícola, incluyendo las formas de su empresa como efectiva unidad social. Sin embargo, no se suele advertir que, aunque con ciertas lagunas, existe un valioso conjunto de estudios, ya realizados, que para salir de su dispersa inconexión sólo aguardan que alguien se tome el trabajo de presentarlos sistemáticamente y en forma manejable. He aquí una investigación moderadamente fácil y en modo alguno dispendiosa que, por ser de gabinete, nadie propone ni financia.

Lo que acaba de decirse se ofrece en forma patente por no decir aguda cuando se trata de abordar el tema de la edad juvenil en América Latina. En este punto, la última moda científica brinda algunos pequeños modelos, con todo su montaje formal de bien construidas hipótesis que ocultarían el conjunto. Debe advertirse que es necesario conocer el terreno en toda su amplitud antes de empezar a roturarlo. Quizá haya quienes, por modestia o pereza, prefieran esperar la iniciativa ajena. Esta confianza encierra no pocos peligros. En efecto, si bien los puntos de vista del extraño son decisivos en más de una ocasión por la posibilidad de captar desde fuera aspectos que - de puro habituales y como natural evidencia - escapan al que debiera verlos desde dentro, esa visión del "puro testigo", aun acertada, arrastra la sombra de sus propias posiciones existenciales y hasta los fragmentos de una realidad que puede ser muy diferente. De ahí que, sin desdeñar la investigación foránea, importe completarla y enriquecerla con la propia, pues cualesquiera que sean sus defectos, ésta posee la singular ventaja de estar alimentada por la radical identificación con los problemas de quien los vive de modo forzoso como preocupación personal.

En más de una ocasión he tenido que expresarme sobre algunas cuestiones en el preciso momento en que comenzaba tan sólo a dominarlas. De nuevo me veo ahora en la necesidad de decir algo sobre un tema que casi en estos instantes empiezo a enfocar. Fiel a ese destino y al afán de búsqueda de una generación siempre empeñada en saber - sin lograrlo del todo -

/lo que

lo que nos estaba pasando, debo ahora manifestar que lo que me pasa frente a las generaciones más jóvenes que la mía es puro problematismo. Las escasas investigaciones que han pasado por mis manos sobre algunos aspectos de la juventud latinoamericana son al menos insatisfactorias. Gocemos al menos de la claridad de la docta ignorancia; saber que nada sabemos con cierta precisión de lo que pasa no ya por la generación más joven, sino tampoco por las intermedias que nos son más próximas.

De ahí que las siguientes páginas no pretenden decir nada sustantivo sobre la juventud latinoamericana, ni mucho menos fingir ilusiones de originalidad. Las circunstancias en que se escriben sólo permiten lo que otras veces se ha ensayado en campos distintos: ofrecer un mínimo de claridad en la ordenación de las cuestiones fundamentales respecto de un objeto sobre el que algo más deberíamos conocer de lo que hoy realmente sabemos. No van más allá, en consecuencia, del intento de perfilar en reducido esquema algunas investigaciones posibles. Su realización se brinda a las generaciones más jóvenes, cuya incógnita vital pudiera no coincidir en más de algún punto con el ya desvanecido interrogante de la generación más vieja. Se ofrecen en el momento favorable en que el impulso vigoroso del UNICEF, incansable en la dilatada ampliación de sus reconocidos servicios, abre la posibilidad de que tales investigaciones se lleven a cabo.

I

Tarde o temprano, aun sin el acicate del generoso esfuerzo del UNICEF, nos hubiéramos visto abocados a enfrentar el tema de la juventud latinoamericana, y por tanto de la fase juvenil en general. Esa compulsión viene a privarnos del jubiloso papel del profeta que anuncia todo lo que ese tema habrá de preocupar en años venideros.

¿Cuál es la razón del interés actual por la edad juvenil? Cabe sospechar que son dos las raíces de ese interés. Por un lado está la experiencia de la juventud contemporánea, cuyas formas de conducta en el "presente", más o menos excéntricas, despiertan general preocupación. Tal preocupación puede ser simple y justificada curiosidad intelectual por entender semejantes formas de comportamiento o puede depender también de la buena voluntad del adulto que - por motivos prácticos, pedagógicos o de política social - pretende ayudar, si no conformar, el crecimiento de las generaciones más jóvenes. Pero al lado de ese interés por interpretar la experiencia de la juventud en su inmediato presente, destaca no menos el afán por prever el "futuro" encerrado y oculto en esa su actualidad, aunque no pueda vivirlo quien lo examina. Sea como sea, todos aceptan sin mayores sondeos la predicción banal de que el cariz que la sociedad y la historia vayan a tomar en el mañana dependen en buena medida de las reacciones, ya en marcha hoy, de la mocedad ante las condiciones de vida, favorables o adversas, que han encontrado entre nosotros.

En el aluvión bibliográfico de estos años sobre la juventud contemporánea perduran todos y cada uno de los interrogantes que siempre se han tenido respecto de ese período de edad. No puede negarse, sin embargo, que en las publicaciones recientes apunta un predominio del matiz sociológico que es cabalmente el que en este momento tiene para nosotros mayor interés.

La aparente incitación a este acucioso examen más reciente de la edad juvenil, patente en nuestros días, se encuentra en la serie de las llamativas manifestaciones de su conducta ofrecidas al mismo tiempo en buen número de países y culturas. Era natural que el cálculo publicitario se volcase sobre estos fenómenos pintorescos y que no pocos candidatos al best seller sociológico enfocaran a la juventud contemporánea por el lado más provocativo de los mismos.

/La veta

La veta más grave de la delincuencia juvenil, sobre todo donde no era de esperar en esa forma, justifica asimismo la sostenida atención de los especialistas y de la opinión pública más o menos espontáneamente conmovida. Es probable, sin embargo, que se haya concedido desmedida importancia a los datos excéntricos o morbosos y ello muchas veces por motivos más o menos inconfesables.

Dicho en una palabra, el punto de partida de buen número de los trabajos publicados en estos años sobre la juventud fue la conducta excéntrica de los teddy boys ingleses o la de sus equivalentes en otros países (zazous, halbstarcken, stilyagi, gamberros, vitteloni, etc.), conocidos siempre con nombres que en su extravagancia semántica son estrechamente paralelos a la conducta que denotan. Lo sucedido de inmediato es que, aun partiendo de semejantes hechos pintorescos, equívocos o delictivos, su análisis tenía que llevar a reconocer el carácter relativamente uniforme de los mismos en todas partes y, por consiguiente, a plantear el problema en un plano más profundo y fundante. De ahí que lo más serio de la actual producción bibliográfica no se ocupe tanto de la juventud-problema como del problema de la juventud. Nos encontramos aquí con un juego de palabras ofrecido por la realidad más que por el gusto intelectual de quien esto escribe. En efecto, cuando se habla del problema de la juventud se destaca el carácter problemático de un período de edad, con no poca injusticia, sea dicho de paso, ante la posible situación semejante de otras edades. Quiere esto decir que se considera a la juventud como sujeta íntimamente a mayores problemas o como constituyendo a su vez un problema dentro de una determinada estructura social, mientras que el adulto cargado de problemas no se ve a sí mismo como un problema social. Ambas cosas, en cambio, son notorias en la senectud. Como es sabido o debiera serlo, la ancianidad constituye hoy, dentro de las sociedades modernas, un campo problemático quizá mucho más grave que el de la juventud.^{1/} De todas suertes, nos amarguemos o no con la palabra problema, sólo se trata de reiterar la cuestión nada nueva, del significado del sector juvenil en nuestras sociedades y de la conciencia que sus protagonistas tienen de tal significación.

^{1/} Acaso más que la ciencia, la novelística moderna confirma tan singular parcialidad. Recuérdense las innumerables moceidades comprendidas entre el Adolescente de Dostoiowski y los Vent'anni de Corrado Alvaro. Pocos son, en cambio, los escritores que han tratado la senectud con la misma profundidad de análisis y en la forma despiadada que Italo Svevo.

El tema teórico, válido para toda circunstancia determinada, es en consecuencia el de la juventud como configuración social peculiar. No es de extrañar, por eso, que absorba una gran proporción de los escritos contemporáneos, visto ahora desde la situación de las sociedades modernas, lo que es tanto como referirse a las sociedades industriales. Cuando se considera a la juventud desde esa perspectiva surgen no pocas dificultades que es necesario reseñar de antemano. En primer lugar, saber cómo se compone el conglomerado demográfico llamado juventud. Parece ser, y éste es el único punto en donde no hay disenso apreciable, que en los momentos actuales se ofrece en todas partes una dilatación de sus límites, señalados por lo general entre los 14 y los 25 años. No es tan fácil, en cambio, ponerse de acuerdo sobre el tipo de unidad que significa la juventud. ¿Es un mero agregado estadístico? ¿Un grupo social? ¿Una dimensión permanente de la estructura de la vida? En cualquier caso, no deja de presentarse unida al campo más amplio del proceso histórico y entonces, se emplee o no el término generación, la juventud subraya todavía más su singular importancia.

El hecho de mayor significado que se desprende de la abundante bibliografía sobre el tema es, como se ha dicho, el de la relativa situación de uniformidad de la juventud en las sociedades industriales. De esto se desprende que en la estructura de dichas sociedades es decisivo el momento singular que supone la situación juvenil entre dos horizontes sociales de muy distinta contextura: el horizonte cerrado y protegido de la unidad familiar y el horizonte abierto, amenazador y enigmático, de la sociedad total. A este respecto el problema esencial de las sociedades industriales es hoy conocer cómo y con qué efectos se realiza semejante paso de uno u otro tipo de relaciones sociales. Nada tiene de particular, por lo tanto, que el problema parezca reducirse a la alternativa entre adaptación e insubordinación, ni que las posiciones teóricas fundamentales que se nos ofrecen giren en torno de la tensión polar que encierra tal alternativa. Una primera tesis adelanta lo que fue hasta este momento una interpretación insólita: el hecho de la aceleración del mencionado tránsito y su resultado. La existencia de una juventud adaptada a la estructura de las sociedades industriales en virtud de su realismo y de sus tendencias conformistas, favorable por ello a la /aceptación de

aceptación de las exigencias de su tipo de estructura social. Según esta interpretación existe una nivelación de generaciones que equivaldría a la nivelación social general de las clases o de los sexos. Frente a ella, otra interpretación acentúa, por el contrario, la distancia entre los dos momentos sociales de la mocedad y de la vida adulta, creyendo ver en una denominada "cultura juvenil" el puente entre ambos momentos. La formación de grupos coetáneos con específicas homogeneidades de comportamiento significaría, dentro de esta tesis, que el llamado "proceso de socialización" se realiza cabalmente en su mayor medida a través de tales grupos. Advierte, en consecuencia, sobre las posibilidades de inadaptación que llevan consigo las deficiencias formativas de la "personalidad" cuando predomina el medio de los grupos juveniles y su peculiar cultura. Una tercera tesis, sin negar la singular adaptación de las juventudes a las sociedades industriales, tampoco trata de ocultar las penosas frustraciones de ese generalizado "ajuste". Sus representantes concuerdan en que la absorción conformista de la juventud en la estructura social no significa en modo alguno la eliminación de sus contradicciones esenciales, las cuales se viven con una conciencia más o menos punzante de frustración. Aparte de otras más generales, la posición de mayor peso en la interpretación de las tensiones juveniles de hoy es la que se ofrece entre las exigencias de ajuste a una sociedad de control secundario y tecnológico y las aspiraciones y estímulos para hacerla compatible con la autonomía de la personalidad.

De poder intervenir en la discusión teórica de la cuestión, el tema estaría orientado por fundadas dudas respecto la existencia de esa supuesta cultura juvenil y de la postulada socialización por los grupos de edad. Es problemático, aun en su puro análisis empírico, que se ofrezca la denominada cultura o subcultura juvenil, que aportó al análisis de las sociedades industriales la perspectiva predominante en un momento - inclusive en la terminología - de la antropología social. Y no es menos dudoso que esa pretendida formación cultural autónoma pueda encontrarse aún precisamente allí donde todavía constituye el ideal pedagógico de las generaciones más viejas.

Parece asimismo en extremo problemático toda consideración de la juventud como "grupo" social, a que lleva un sistematismo exagerado en el empleo de ciertas categorías sociológicas. La presencia de puntos de vista
/tan diversos

tan diversos en la discusión del tema podría hacerla en extremo vivaz, pero encubriría los supuestos fundamentales de toda consideración sobre la juventud, que - dados en la estructura misma de la vida - son previos a sus manifestaciones científicas, sociológicas, psicológicas o pedagógicas.

Sin embargo, la necesidad de enfrentar el hecho de la semejanza de la juventud actual en los países industriales y de explicar los fenómenos de conducta, extravagantes o delictivos, manifiestos lo mismo en ellos que en otros menos avanzados económicamente, justifica el esfuerzo por formular una hipótesis lo más general posible, capaz de interpretar desde su raíz común fenómenos al parecer muy diferentes. Esa hipótesis mantiene que la autonomía de los grupos juveniles no es más que el resultado de las discrepancias de los diversos sectores sociales y culturales en un momento dado, en especial del sector familiar frente a los demás. Del carácter de esas discrepancias dependerá a su vez la naturaleza de la supuesta autonomía de los grupos juveniles. La hipótesis abarca de esta suerte sin dificultad, en el estudio de nuestro tema, el paso de los países industriales a los menos desarrollados. En efecto, se encuentra implícitamente contenido en el siguiente esquema del significado de los grupos juveniles y de su diverso peso tanto en el "proceso de socialización" como en las actividades políticas y sociales en general: 1) los grupos juveniles como instrumento de socialización. Esta idea supone, en general, una aceptación de dichos grupos por la sociedad como mecanismos de control y un mínimo de armonía entre los distintos sectores sociales. 2) Los grupos juveniles como núcleos de actividades en rebeldía y, por consiguiente, como sostén de movimientos políticos o de actividades más o menos violentas. Esto supone una situación de la máxima discrepancia entre los sectores sociales y de la mayor agudeza en el conflicto clásico entre las generaciones. Interesa este caso porque los países en vías de desarrollo suelen encontrarse en esta situación, particularmente en las fases iniciales de su crecimiento. 3) Los grupos juveniles como soporte de excentricidades temporales. Semejante situación tiene por supuesto la existencia de frustraciones en el medio cultural y hasta de tensiones derivadas de específicas condiciones del mercado. Parece ser ésta la condición predominante, con uno u otros matices e incluidas las manifestaciones delictuosas, en los países de mayor desarrollo industrial.

/En suma,

En suma, la hipótesis formulada se funda en el reconocimiento de que el fenómeno juventud no puede entenderse sin tener en cuenta la estructura social total, y en la sospecha de que las incidencias en las formas de conducta juvenil constituyen, según su naturaleza y grado, excelentes indicadores de una mayor o menor integración social.^{2/}

Lo que acaba de decirse constituye concretamente el eslabón en la cadena de consideraciones que de las sociedades denominadas modernas lleva a los países en vías de desarrollo, y se extiende a la situación de las juventudes en estos países. Si la rica bibliografía acerca de la juventud en las sociedades modernas no deja de contener, dentro de la manifiesta coincidencia de sus orientaciones generales, algunas contradicciones polémicas en los detalles, con el tránsito al mundo del subdesarrollo se penetra en la región de las grandes vaguedades, dominada por esas palabras cubrelotodo, el uso reiterado de las cuales nos tiene en cierto modo insensibilizados. Desarrollo, subdesarrollo, modernidad, secularización, urbanización, transición, etc., constituyen esa variedad de vocablos vacíos al que ahora se agrega la expresión "mocedad". De ahí que no sea infrecuente encontrar bosquejado acá o allá el tema de la juventud en las sociedades subdesarrolladas. En estos escritos, como era de esperar, se atribuye en general y sin más a semejante fase de edad un papel decisivo en las tareas del desarrollo. En la expresión vigente e imprecisa de la "movilización" para el desarrollo, la juventud aparece como uno de los resortes esenciales. Se espera que pueda interesarle la mayor riqueza asequible, el incremento en la movilidad social, la apertura a mejores horizontes educativos, etc., en una palabra, toda la serie de motivaciones dinámicas - valga la redundancia - que constituyen el soporte tanto del arranque como del mantenimiento del desarrollo. Se atiende muy especialmente a la participación juvenil en los movimientos subversivos, nacionalistas o populistas, típicos de algunos países en situaciones de transición económica y política, y se hace singular hincapié en el factor del "conflicto generacional", que es

2/ Véase J.E. Ellemers, "Allgemeine Ursachen der Ausdrucksformen moderner Jugend", en L.v. Friedeburg (ed.) Jugend in der modernen Gesellschaft (Köln-Berlin: Kiepenheuer, 1965).

al mismo tiempo expresión de esos nuevos impulsos. Como tales impulsos, por añadidura, obedecen las más de las veces a influjos exógenos, permiten confirmar las hipótesis más divulgadas de la teoría de la "transculturación", fenómeno al que la mocedad parece más sensible o favorablemente abierta. Todas estas proposiciones de carácter general, reconocida la buena voluntad de sus autores y lo que contengan de cierto, no resisten, dada su vaguedad, ante el análisis concreto. Así lo muestra el hecho de que la participación juvenil en los esfuerzos por el desarrollo lo mismo puede traducirse en simples algaradas emocionales - las cuales, luego de desvanecidas, apenas desarrollan nada - que en la entrega, como auténtico compromiso vital, al aprendizaje en serio de tareas objetivas de las que va a depender el efectivo crecimiento de un país. Se ha llegado, pues, a un punto en el que ya no puede hablarse en general de países subdesarrollados o en desarrollo, haciendo así que todos los gatos sean pardos y poniendo en el mismo nivel histórico el subdesarrollo bonaerense o santiaguino y el subdesarrollo bantú. Semejante preocupación generalizadora por los países en vías de desarrollo, comprendidos por igual en una generosa actitud englobante, ha jugado un papel histórico de importancia, pero la seriedad del pensamiento exige su pronto abandono. Lo mismo piden su despedida no pocas de las categorías heredadas de otros tiempos, en demanda de nuevos conceptos cortados a la medida de los nuevos hechos. En todo lo anterior está implícito que la raíz de la imprecisión denunciada deriva de la extensa gama de variedades en el subdesarrollo, las cuales dependen a su vez de distintos niveles culturales e históricos. Por consiguiente, aparte de "suponer" que la juventud ofrece en principio una disposición más favorable al cambio que las viejas generaciones - cosa que debería probarse en su grado y especificidad -, sólo cabe postular como hipótesis muy amplia que las discrepancias generacionales en los países en desarrollo, serán diversas a tenor de sus orígenes, es decir, según que provengan de tensiones culturales o de rigideces y fricciones en el mercado. En el mismo sentido y con más concreción cabe predecir un mayor predominio e importancia de las frustraciones causadas por las situaciones de mercado a medida que los países en menor o mayor grado de subdesarrollo entren en las fases más avanzadas de su crecimiento. Un caso tan significativo como el del Japón, de indudable /"modernidad" puede

"modernidad" puede mostrarnos hasta qué punto pueden seguir gravitando en las tensiones de la juventud los conflictos dimanados de la continuidad cultural. En suma, las distintas formas de inadaptación juvenil, como antes se indicó, pueden aceptarse como indicadores de los diversos grados de cohesión social, condición que importa sobremanera a todos los preocupados por el subdesarrollo económico.

Cuando en el despliegue del tema nos encontramos ahora cara a cara con la situación juvenil en América Latina, todo lo insinuado anteriormente cobra singular confirmación. En efecto, si para ciertos fines cabe bosquejar un cuadro de cuestiones generales válido para América Latina en su conjunto, en ningún caso es posible hablar de la juventud latinoamericana en general. Así lo confirmaría de inmediato la investigación empírica llevada a cabo o por realizar. Es notorio que la situación de la juventud argentina no puede parecerse en nada a la que enfrenta la juventud de Haití, y ello, con mutación de términos, vale para otras comparaciones, dentro de una gama relativamente amplia de diversificaciones. Se impone, por consiguiente, limitar la preocupación por la juventud en nuestra América a ciertos ámbitos nacionales o todo lo más a los relativamente homogéneos que señalan las actuales tipologías, fluyentes y mudables como son. No cabe duda que algunas de las cuestiones examinadas y de los puntos discutidos en relación con las sociedades industriales pueden valer y aceptarse sin más en sus orientaciones para algunos de nuestros países; otros, en cambio, muy lejos todavía de esa situación, presentan un panorama juvenil completamente diverso. El estudio de la juventud latinoamericana plantea en forma visible y dramática lo que se ofrece asimismo en otros problemas: la exigencia de superar los lugares comunes y de entregarse de lleno a la busca de la realidad, una realidad cuya peculiar contextura induce a sospechar que no puede ser captada por las categorías heredadas ni éstas ser tomadas sin modificación de otros medios más avanzados o - lo que sería peor - más atrasados todavía.

II

Bosquejado el marco más general de las cuestiones teóricas que se refieren a la juventud, conviene recordar además que esta fase de edad constituye un campo privilegiado para la moderna investigación empírica. Nada tiene de extraño que las técnicas de investigación elaboradas en los últimos años encuentren amplias posibilidades de aplicación a tenor de los intereses peculiares del estudioso: desde las técnicas cuantitativas más refinadas hasta los análisis psicológicos de comprensión que aspiran a la profundidad y a lo singular. De ahí que baste un mínimo contacto con las publicaciones actuales sobre el tema de la juventud para reconocer que todas esas posibilidades de la investigación ya se están llevando a cabo seriamente en los países que tienen a su disposición los adecuados medios institucionales. Es de esperar, por eso mismo, que tales investigaciones aparezcan impulsadas por intereses de conocimiento no siempre fácilmente unificables. Los pedagogos, como es natural, tienen en la edad juvenil el ámbito típico de sus mayores preocupaciones. Los psicólogos por su parte, antes y después de la corriente psicoanalítica, se han esforzado por comprender sistemáticamente las manifestaciones psíquicas peculiares de esa edad. Por eso siguen siendo clásicos a este respecto los libros universalmente conocidos de Spranger^{3/} y de Erikson.^{4/} Como antes se indicó, la aportación más reciente a ese esfuerzo diversificado de la investigación empírica es la que proviene de los sociólogos. Estos se interesan sobre todo por entender los problemas de la unidad temporal y social de la edad juvenil desde la perspectiva de las condiciones sociales, generales y concretas, de su crecimiento. Cabe suponer que las dificultades de entendimiento recíproco tanto de las mencionadas disciplinas como de sus representantes personales, no puedan menos de ofrecerse de nuevo en forma aguda en el campo de estudio de la juventud. El tema polémico común es el de la formación de la personalidad dentro de las actuales condiciones históricas. La investigación empírica tiene por eso como objeto principal el análisis pormenorizado de cómo ocurre aquí o allí esa

3/ E. Spranger, Psychologie der Jugendalters (Leipzig, 1924).

4/ E.H. Erikson, Childhood and society (Nueva York).

formación, es decir, en términos técnicos, cómo se realiza en cada caso el denominado "proceso de socialización". ¿Cómo transcurre efectivamente este proceso en las sociedades actuales en relación a lo que era mejor o peor conocido de las sociedades preindustriales, de estructura menos compleja? La pérdida de la capacidad socializadora de la familia y de las comunidades locales o de destino frente a las exigencias de la sociedad total, exige averiguar qué otros mecanismos las sustituyen hoy o pueden reemplazarlas en lo sucesivo con eficacia. Se explica así la atención concedida a la supuesta socialización autónoma en los denominados grupos de edad y la duda de que los mismos puedan contribuir suficientemente a la realización del ideal de personalidad recibido de otros tiempos. Se comprende asimismo el interés creciente por estudiar en todos sus efectos los instrumentos de socialización de que disponen las sociedades actuales junto y en inevitable juego con los tradicionales - medios masivos de comunicación, organización pública y privada de las actividades juveniles, etc. - que se presume mejor conocidos. En tal situación se plantea de inmediato el problema de las armonías o desarmonías que puedan existir en el conjunto de todos esos instrumentos socializadores, pues si se pudiera demostrar una permanente disonancia entre ellos - lo que no siempre ocurre - serían fácilmente comprensibles las distorsiones en el proceso de socialización de la actual juventud y el predominio de sus efectos negativos en la formación de la personalidad. De todos esos temas, el que por su importancia merece una discusión detenida es la supuesta necesidad de que la juventud cuente en esa fase de transición con un ámbito suyo, con un campo propio, dentro del cual pueda desplegar espontáneamente todas las potenciales de su crecimiento. Ya se subentiende que ese ámbito o "campo educativo" de la juventud, sólo podría existir en la medida en que estuviere defendido de alguna manera de todo contacto con los problemas y exigencias del medio general de la sociedad adulta. Semejante espacio vital, recoleto y relativamente hermético, destinado a amparar la formación espontánea del desarrollo juvenil como preparación para la edad adulta fue una realidad, con todos sus contenidos afectivos e intelectuales y para un sector de la juventud, en otros momentos de la historia occidental, pero a muchos les parece dudosa su posible subsistencia en las actuales

/sociedades industrializadas.

sociedades industrializadas. Toda la problemática de la universidad contemporánea no es sino un reflejo concreto de esa gran cuestión, en la que se contraponen naturalmente la perspectiva pedagógica y el punto de vista de los sociólogos. Frente a los argumentos en nada desdeñables de los pedagogos en defensa del "campo educativo" juvenil, el diagnóstico sociológico sostiene no sólo su dificultad fáctica en los momentos presentes, sino la desconfianza en su valor, incluso para la formación de la personalidad, dados los requerimientos funcionales y tecnológicos de las sociedades de hoy.

La investigación empírica en nuestros países no puede prescindir de los temas aludidos. Así, reconoce como uno de sus objetivos más importantes la averiguación de cómo transcurre de facto la socialización de la juventud en cada país, de qué instrumentos se dispone y cómo repercute el denominado dualismo estructural en las discontinuidades de los diversos "campos educativos" y en la adaptación retardada o rápida de la juventud a las exigencias de las sociedades globales.

Desde la perspectiva a que nos obliga la conciencia de pertenecer a países que están en grados diversos de desarrollo económico, debe admitirse que el mayor interés se encuentra por hoy en las investigaciones sociológicas sin que tal afirmación implique desdén alguno para las de otra naturaleza. También aquí, como en otras cuestiones conexas, conviene despejar de antemano los efectos de un malentendido. Las investigaciones sociológicas están mantenidas por un afán de conocimiento, en este caso el de la realidad estructural y funcional de la situación juvenil en nuestros países, y no tienen por qué coincidir en su orientación con las dictadas por los afanes prácticos de la política social, aguijoneada desde determinada visión de adultos al cuidado, protección y "conformación" de la juventud. Toda insistencia en este punto está muy lejos de ser superflua. Aunque las investigaciones denominadas teóricas carecen aparentemente de toda significación "operativa", son el supuesto que asegura la máxima eficacia de la acción práctica posterior. Tienen el valor de "infraestructuras", cuyos rendimientos constantes a la larga justifican las mayores inversiones intelectuales y financieras.

/Ahora bien,

Ahora bien, dentro de la preocupación sociológica y salvado todo malentendido entre el afán de conocimiento y el deseo de acción inmediata, el ámbito de la investigación referida a la juventud aparece claramente dividido en dos regiones en las cuales el distinto interés de conocimiento tiene a su disposición la separación no menos clara de su instrumental metodológico, al menos en el nivel teórico. En efecto, se trata de conocer, por un lado las condiciones "objetivas" en que transcurre la vida juvenil, y por otro, sus efectivas reacciones "subjetivas", es decir las imágenes, como hoy se dice, de la juventud. De ahí que la dimensión de ese ámbito de investigaciones sea de gran amplitud. Su dominio interesa hoy por igual a las sociedades avanzadas y a las más rezagadas. Algunos países cuentan con una cobertura casi completa - aunque no siempre de igual valor científico - de los distintos aspectos incluidos en el espacio vital de la juventud y cuya reseña se intenta a continuación. Sin embargo, es forzoso reconocer que en los países latinoamericanos sólo parcialmente y en algunos sectores están dadas las bases para un análisis empírico del tipo científico internacional.

Los distintos campos de investigación demarcados por la división del trabajo científico toman aspecto clásico por la unanimidad de su reconocimiento. Destacan como fundamentales los cuatro siguientes: 1) el que se refiere al medio familiar; 2) el que abarca el medio educativo, en su amplio sentido; 3) el relativo al medio del trabajo, y 4) el relativo al ocio o empleo del tiempo libre. A estos campos fundamentales se han ido agregando en los últimos años algunos otros que dependen de manera específica de la estructura de las sociedades industriales, como el relativo al consumo juvenil, de extraordinaria importancia socioeconómica.

Respecto a la familia importa conocer su evolución y su distinta estructura, el diverso papel del padre y de la madre, su diferente apertura o hermetismo frente a la sociedad en general, el proceso de tránsito a la independización del hijo, los efectos de la desintegración familiar, etc. De mayor trascendencia aún es la significación de la familia dentro del "campo educativo", en los diversos sectores sociales, por su repercusión duradera en las motivaciones tan esenciales para el desarrollo.

/La investigación

La investigación del medio educativo es la que cuenta con mayores avances entre nosotros. Los datos se han acumulado rápidamente en los últimos años. Sin embargo, aún siendo un campo en extremo propicio a la cooperación interdisciplinaria, faltan todavía en él visiones de conjunto guiadas por un principio teórico, como sería, por ejemplo, el antes indicado acerca del proceso de socialización y sus formas efectivas. Tampoco existen estudios de los sistemas escolares orientados por el tipo de sociedad a que lleva nuestro desarrollo. No obstante, un balance completo en estos momentos, aunque pareciera relativamente satisfactorio en la presentación de las "condiciones objetivas" de nuestro medio educativo, se mostraría muy pobre en el análisis de sus aspectos "subjetivos", en la extensa gama que va desde las aptitudes e imágenes de maestros y alumnos - niveles de aspiración, conciencia de tensiones y conflictos, etc. - hasta la interpretación de la diversidad de rendimiento en los diferentes niveles y sectores educativos.

No cabe la menor duda que desde la perspectiva del desarrollo destaca con singular interés el estudio del medio de trabajo en la fase de edad juvenil. Las aportaciones de la OIT y la preocupación de los economistas por la estructura ocupacional han sido decisivas en estos últimos años. Sin embargo, aunque la planeación de los "recursos humanos" es quizá la nota más novedosa y prometedora, debe reconocerse que todavía no ha cristalizado en este campo una cooperación bien organizada entre pedagogos y sociólogos, economistas y psicólogos. Interesa no olvidar que si importa conocer las condiciones de la demanda, presente y futura, también debe saberse con suficiente claridad lo que ocurre respecto de las oportunidades efectivas y de las capacidades realmente existentes. La posibilidad de desequilibrio entre ambos factores, grave en los países industrializados, puede serlo mucho más entre los que aspiran a industrializarse. Como es sabido, el momento esencial en la estructura y funcionamiento del medio de trabajo en relación con la juventud se encuentra en el problema de la vocación y la selección profesionales. En él convergen los intereses de los distintos especialistas antes reseñados y en él es mayor el desafío a la capacidad creadora de los pedagogos. La conciencia del subdesarrollo no debe impedir en este punto el vuelo de una imaginación que sepa

/adelantarse hacia

adelantarse hacia el futuro superando la presión de etapas históricas conocidas. He aquí un tema - el de la selección profesional y sus motivos - que importa dominar cuanto antes en todos sus aspectos: cómo se realiza realmente esa selección y cómo llevarla a cabo en lo sucesivo. Sin embargo, ¿sabemos lo que en verdad piensa la juventud trabajadora ni cuáles son en estos momentos sus aspiraciones y la imagen de su horizonte vital? ¿Conocemos las vivencias de esa juventud en sus campos, talleres, aulas y oficinas?

~~Sólo dentro de determinados marcos nacionales y en particular para las grandes ciudades cabe proponer hoy para América Latina, la iniciación de estudios relativos al empleo del ocio por parte de sus juventudes. Los modelos ajenos en modo alguno pueden adaptarse con facilidad, pues están teñidos necesariamente de color local, son contradictorios en sus resultados y no pocos han pecado de ligereza o de prejuicios moralizantes.~~ 5/
En todo caso, importa comenzar la tarea de una u otra forma, porque el cine, la televisión, la radio, las revistas ilustradas, las tirillas cómicas, etc. constituyen hoy - nos guste poco o mucho - un ingrediente decisivo de las fuerzas actuantes en el proceso de socialización. Las posibilidades abiertas al manejo adecuado de esos instrumentos son ilimitadas y el hecho de que en ese terreno sean todavía deficientes las experiencias de las sociedades más ricas no nos exime de planear con enérgica imaginación todo lo que debiera hacerse. Conviene advertir en este punto que sin la base de estudios empíricos rigurosos, las medidas de la política social están expuestas a la amenaza de las más vulgares beaterías culturales.

En este campo se echan de menos asimismo investigaciones sobre las formas peculiares de "sociabilidad" juvenil, pues cabe sospechar que han experimentado grandes cambios en las últimas décadas. No puede cerrarse esta reseña - de la que han sido excluidos otro tipo de estudios, como los relativos a la juventud inadaptada y delincuente - sin aludir a otros serios problemas de la vida "normal" de la juventud, los que derivan de su propia posición frente a los grandes poderes sociales de nuestro tiempo - el Estado, la religión, la ciencia y el arte - y frente a lo que puedan pensar y sentir las generaciones más viejas.

5/ No son frecuentes investigaciones tan severas como la de Hilde T. Himmelweit, Television and the child (Londres, 1958).

Sería ideal contar con una expresión rigurosamente comprobada de las interpretaciones que de sí misma y de su futuro pueda tener la juventud en sus diversos sectores, obrera, agrícola y profesional. Desde la perspectiva del desarrollo interesa muy en particular a los países lanzados por ese camino poseer un conocimiento relativamente preciso de las actitudes de la futura mano de obra y de los previsibles cuadros intermedios. Sin embargo, es innegable que la juventud académica representa en un momento dado la reserva más considerable de los futuros cuadros dirigentes. Dicho de otro modo, la juventud académica constituye en forma potencial el núcleo decisivo de la futura élite de un país, entendiendo esta palabra con el estricto carácter neutral que hoy tiene en el análisis sociológico. En consecuencia, las formas de comportamiento de la juventud académica no sólo interesan en sus manifestaciones más "efervescentes", a las que dedican atención preferente algunos autores que en sus estudios sobre países en vías de desarrollo manifiestan excesiva preocupación por los movimientos políticos juveniles, sobre todo cuando tienen carácter de protesta o decididamente revolucionario. Existan o no tales manifestaciones de insatisfacción y rebeldía, el dato fundamental del que interesa partir es el hecho de que el destino futuro de un país está prefigurado en la interpretación que la juventud tenga de sus propias circunstancias, la cual incluye ineludiblemente una imagen de la sociedad. En el juego de las distintas generaciones que determina todo momento histórico, la juventud como fase vital y no por privilegio alguno, tiene que enfrentarse con las condiciones dentro de las cuales comienza su vida, entre las que está lo que los adultos piensan y esperan de ella. El simple hecho de "nacer" determina que se entre siempre en un mundo ya viejo, aunque éste sea el resultado de la revolución más reciente. Esa confrontación a que se encuentra forzada toda juventud, decisiva en la mudanza mayor o menor de los procesos histórico-sociales, no siempre ni necesariamente ha de tener consecuencias de protesta o rebeldía. Y aunque la imagen del futuro histórico no esté plenamente perfilada en la etapa académica, algo encierra ya para los que sepan interpretarla de manera objetiva. Por eso, en los mismos países que hoy parecen haber llegado a un cierto grado de estabilidad de sus sistemas económico-sociales - de cualquier tipo que sean - se da un

marcado interés en poner de relieve - con todo su problematismo - las imágenes soterradas que acerca del porvenir tienen sus "futuros" cuadros dirigentes. Nada puede extrañar, en consecuencia, que las "sociedades industrializadas" ofrezcan sondeos relativamente numerosos de su juventud académica y que esos trabajos tengan amplia resonancia en la opinión pública. Conviene recordar la sorprendente similitud de las actitudes y disposiciones vitales de la juventud en los mencionados países más avanzados. Esa uniformidad se manifiesta, como antes se indicó, en una disposición general a aceptar las estructuras existentes - sean las que fueren - que no llega al ahogo total de expresiones críticas y de manifestaciones momentáneas de rebeldía. El resultado común de la investigación internacional destaca así la existencia de una generación "no comprometida", es decir, apenas interesada, dentro de complejas estructuras tecnológicas, por tipo alguno de transformación radical. Algunos lamentan tal actitud como expresión de apatía política y de insensibilidad ante el futuro, pero otros la juzgan el inevitable resultado de una insobornable capacidad realista frente a las condiciones de una sociedad demasiado complicada para ser comprendida en su conjunto. Ante ese mundo creado por los adultos parece imponerse, antes de cualquier rechazo, tan sólo la duda inicial acerca de su capacidad para manejarlo, duda que quizá comparten no pocos de los mismos adultos. Cabe sospechar a priori que la facultad de adaptación o de resignada aceptación ante "un mundo sin alternativas" no vale sin más para la juventud de los países en fases rezagadas de crecimiento y desarrollo, pero ello no deja de ser una sospecha. Sólo su comprobación efectiva podría eliminar la posibilidad de que se trate no de lo que los jóvenes piensan, sino de lo que los adultos consideran que esa juventud debe pensar. Es decir, algunos intelectuales de las generaciones más viejas pueden postular para la juventud misiones que ésta no acepta como auténticamente suyas. De ahí que sólo la más precisa y rigurosa investigación empírica de la juventud académica en los países todavía no industrializados o en vías de industrialización pueda ofrecer una respuesta precisa a la incógnita antes formulada.

Conviene recordar asimismo, volviendo al aspecto metodológico, que las investigaciones empíricas sobre las imágenes de la juventud académica son técnicamente más fáciles de realizar que las encuestas de otros sectores juveniles. Ocurre

así no porque el estudiante sea el objeto de conocimiento más cercano al investigador académico, sino porque la muestra utilizada suele ser relativamente pequeña y porque la confección del cuestionario - por no hablar de la entrevista - permite sondear actitudes y disposiciones que exigen de los sujetos un mínimo de coherencia lógica y de capacidad expresiva. Tales ventajas hacen recomendable emprender cuanto antes en América Latina estudios acerca de su juventud académica - es decir, universitaria o participe de otros tipos de enseñanza superior - siempre que se lleven a cabo con estricta sujeción a las normas conocidas de la investigación internacional. Si se emplearan los mismos métodos, una investigación de las "imágenes" dominantes en el alumnado de sus cuatro o cinco universidades mejores, no sólo permitiría utilísimas comparaciones, sino posibilidades de generalización para la región en su conjunto como indudable unidad cultural.

De las numerosas investigaciones sobre la juventud académica emprendidas en los últimos años, quizá no hay modelo mejor que la realizada en la Universidad de Frankfurt bajo la dirección de J. Habermas y sus colaboradores. ^{6/} Destaca por el vigor de su depurado aparato conceptual, paso previo y necesario en la busca de un objeto tan banal, tan vago o tan evanescente como es la "conciencia política" de los estudiantes. Una investigación de ese tipo sólo puede llevarse a cabo si su marco de referencia, una determinada estructura política, ha sido antes cuidadosamente analizado. De ahí que las diferencias en esa estructura real determinarán las modalidades ineludibles en el bosquejo de la investigación. A título de ejemplo y de meditación - ¿por qué negarlo? - detengámonos un instante todavía en la composición y resultados de esa pesquisa. Aceptada la estructura política de la República Federal de Alemania como democrática importaba averiguar la futura capacidad de participación en ella de su actual juventud más ilustrada. Para lograr determinar el "hábito" político era necesario ir más allá, poniéndolo en relación con el estrato más

^{6/} J. Habermas, L. von Friedeburg, Chr. Oehler y F. Wetz, Student und Politik (Neuwied A.R. Berlín: Hermann Luchterhand, 1961).

profundo de las "imágenes sociales" dominantes. Sólo después de conocer estas "imágenes", el "hábito" político y las "tendencias políticas" manifiestas, podía aventurarse el "potencial democrático" encerrado en ese cuadro de disposiciones. Los resultados quizá sean válidos por otras sociedades democráticas occidentales, e incluso - mutatis mutandis y reconociendo las diferencias estructurales en el punto de partida - para las mismas socialistas. Ahora bien, esos resultados llevan a creer que la aceptación generalizada de la estructura social y política de hoy no implica la eliminación de una tensión latente entre el mantenimiento de una "democracia social" y el sostén de una "democracia totalitaria". Es evidente que el futuro de una u otra posibilidad depende de condiciones objetivas, pero no menos de contingencias imprevisibles. En efecto, es un hecho que la tendencia conformista frente a la democracia formal actual no lleva directamente a otra de mayor participación social ni anula la disposición soterrada a aceptar con igual conformidad el funcionamiento de una democracia totalitaria, es decir, de una estructura política donde la participación quede reducida a la aprobación plebiscitaria de las grandes directivas.

Una investigación seria de la juventud académica de nuestros países hecha a tenor de las pautas sugeridas y que tratara de poner al descubierto los estratos profundos de sus distintas imágenes sociales y de sus diversos "hábitos" políticos sería de supremo interés en estos instantes de nuestra historia. Las filiaciones adventicias, las inquietudes momentáneas carecen de importancia. Frente a unas generaciones que están en el mismo mundo que las antes mencionadas y a cuyas condiciones estructurales no pueden escapar, importa saber si la tensión bosquejada se manifiesta también entre nosotros de alguna manera. Conformismo e inconformismo son, en definitiva, términos huecos. En el conformismo que impone la tendencia estructural del desarrollo - ¿quién lo rechaza? - cabe, sin embargo, la tensión de una alternativa como la descrita. Ante ella queda de manifiesto la superficialidad de quienes sostienen que en todo país subdesarrollado la juventud se inclina por naturaleza al cambio y a la transformación. ¿Qué tipo de cambio? ¿Qué clase de transformación?

III

Dentro de un excelente grupo de trabajos dedicados a la juventud, hizo bien un estudioso de la japonesa^{7/} al recordar en qué medida entra toda la historia en la situación juvenil, aunque no siempre de modo consciente o explícito. Los temas de investigación antes señalados, que son los predominantes gracias al influjo metodológico de la investigación empírica contemporánea, tienen tinte estático cuando no exageradamente funcional. Olvidan a este respecto el esencial carácter "disfuncional" de la edad juvenil, que permite a la historia proseguir su camino. Prescindiendo por el momento de la temida metafísica, semejante carácter está implícitamente contenido en el estado de transición que sociólogos y psicólogos asignan a la juventud. Esta proposición obliga a precisar dónde ocurre y cuál es la naturaleza de la transición de que se trata. Por importante que sea el tránsito vivido en el crecimiento individual, el pasar de la adolescencia a la edad adulta, el más profundo significado del carácter transicional de la juventud es el de su naturaleza colectiva. Es, en fin de cuentas, la transición realizada por una determinada "unidad generacional". La insistencia en presentar como "conflicto" el enfrentamiento entre las generaciones deja reducido el tema a la supuesta tensión permanente - no siempre cierta - entre padres e hijos o a subrayar unilateralmente determinadas situaciones de antagonismo cultural, resultado del cambio acelerado de algunos momentos de la historia. Desde esa perspectiva, la interpretación psicoanalítica sostiene que lo que ocurre hoy en las sociedades de más intensa modernización no es otra cosa que una ruptura del "ahora" juvenil frente a todo el "pasado", es decir, frente a una tradición que simboliza la figura del padre. La pérdida de la tradición traduce de esta suerte el ocaso del padre y nos permite hablar hoy de una "civilización sin paternidad". Esa interpretación, muy rica en incitaciones teóricas - que interesan sobre todo al latinoamericano en la crisis actual de su cultura paternalista -, como teoría científica es algo superpuesto al hecho que la fundamenta y que por tanto no explica. Se niegue o no con dolorosos desgarros la figura paterna - el análisis existencial mostraría la fidelidad amorosa que perdura más allá de toda ruptura -, fidelidades y desgarros

7/ R.J. Lifton, Youth and history: Individual change in postwar Japan (Cambridge, Mass.: Daedalus, 1962), recogido en E.H. Erikson (ed.), The challenge of youth (Garden City, New York: Doubleday & Co., 1965).

sólo son posibles en el enfrentamiento ineludible que impone la estructura de la vida. El diálogo paterno-filial - conflictivo o amoroso - es la forma interpersonal del diálogo más amplio que une y separa al mismo tiempo a los distintos grupos de edad que conviven en un momento dado del largo transcurrir de la Historia. Entrar en ella por haber nacido en cierta fecha es encontrarse en un mundo hecho por los mayores, pero del que no se es responsable. La generación nueva quizá lo acepte o lo rechace, pero no sin antes haberse enfrentado con las generaciones viejas, artífices de una realidad con la que se tropieza sin haberlo pedido. Las modificaciones que en ella introduzca - superficiales o profundas - serán consecuencia de ese enfrentamiento vitalmente forzoso, que no tiene por qué ser necesariamente patético.

Pues bien, la idea de generación asoma de nuevo en las publicaciones más recientes sobre el tema de la juventud, algunas veces en vigorosa pero alusiva mención, consciente en otras de su valor teórico y de su necesaria vinculación al proceso histórico. El libro más famoso de los últimos años^{8/} sobre la juventud - un clásico a pesar de las polémicas por él suscitadas o en virtud precisamente de ellas - tuvo que montar su original y heterodoxa perspectiva en una articulación generacional, es decir, al hilo o mejor sobre la textura de tres generaciones fundamentales: la generación del "movimiento juvenil" (Jugendbewegung), la generación política de los años veinte y la generación escéptica de la segunda postguerra, la última de las cuales es el objeto de su investigación. Desconozco si esa articulación es o no enteramente correcta; no se trata de examinar ahora la obra de este sociólogo, ni de entrar en las frondosidades de la jugendkunde alemana, que sólo ahora tiene su agobiador paralelo en la copiosa producción norteamericana relativa al tema. Basta reseñarla como ejemplo significativo de la reaparición de la teoría de las generaciones, ahora por la vía de la investigación sociológica de la edad juvenil. El retorno de la teoría de las generaciones por el camino de la sociología - empírica por añadidura - responde a una doble preocupación: la acuciada por los temores y esperanzas de la continuidad sociocultural de un determinado cuerpo histórico, tema permanente

8/ Helmut Schelsky, Die skeptische Generation. Eine Soziologie der deutschen Jugend (Düsseldorf-Köln: Eugen Diederichs, 1957).

de toda política pedagógica, y la que alimenta el afán por prever el inmediato futuro - el más lejano se deja en el regazo de los dioses - a través del talante vital que se cree descubrir en la generación más joven. Sin embargo, esos afanes existenciales pasan demasiado rápidamente por alto la pretensión fundamental de la teoría: ser aceptada como un método de conocimiento histórico-social.

Esta última pretensión supone convertir a las generaciones en sujeto de la historia, porque cada una de ellas aporta una transformación mayor o menor a la estructura del mundo humano. Y como método, sólo puede fundarse penetrando por bajo de los supuestos que se limita a aceptar, es decir, por una teoría filosófica. Pocos dejarán de reconocer que la formulación más lograda de la teoría - escorzo sin embargo - es la de Ortega y Gasset.^{9/} La perspectiva sociológica de Mannheim^{10/} o el trabajo posterior de Plesner^{11/} no añaden, a mi entender, nada nuevo ni decisivo.

No es cosa de exponer ahora en forma apresurada cosas relativamente conocidas. El núcleo de la teoría parte de una interpretación filosófica de la vida, pero basta para entenderla y expresar algo de su jugo la simple descripción de un solo hecho: el que en todo momento de la historia - de la vida social - convivan en distintas alturas de edad diversas generaciones. En esa contemporaneidad de los no coetáneos reside el último resorte del dinamismo histórico, pues cada generación es, quiéralo o no, una distinta perspectiva vital y la polémica entre las generaciones no es más que el

9/ J. Ortega y Gasset, principalmente "La idea de las generaciones", en El tema de nuestro tiempo (1923), de que existen numerosas ediciones, y "Sobre la época de Galileo, ideas en torno a las generaciones decisivas del pensamiento europeo" (1933), recogido en su obra En torno a Galileo (Madrid: Revista de Occidente, 1945).

10/ K. Mannheim, "Das Problem der Generationen", en Kölner Vierteljahresheften für Soziologie, VII (1928/29), recogido en sus Essays on the sociology of knowledge (Londres, 1952) de que hay traducción española (Madrid: Aguilar, 1957, y recientemente en L.v. Friedeburg (ed.), Jugend in der modernen Gesellschaft (Köln-Berlin: Kiepenheuer & Witsch, 1965).

11/ H. Plesner, "Het problem der generaties", en Groenman, Heere y Vercrujjsse (eds.), Het sociale leven in al zijn facetten, parte I, (Assen, 1958).

enfrentamiento de esos distintos horizontes. El paso inmediato en la teoría consiste en la articulación interna de esas generaciones. La juventud, en la dimensión histórica, no deja de ser tan marginal como la ancianidad, pues la importancia decisoria corresponde a la generación que ejerce el dominio y a la que se dispone a ejercerlo sucediéndola. A pesar de eso, la edad juvenil - fase preparatoria - es la más cargada de posibilidad por ser pura posibilidad. Decía Simmel que en la juventud el proceso de la vida predomina sobre sus contenidos, mientras que en la vejez son los contenidos los que predominan sobre el proceso. Pues bien, Ortega aspiraba a que la teoría de las generaciones pudiera ofrecer el método rigurosamente preciso de que la historia ha carecido en sus interpretaciones e incluso en su propia y peculiar construcción.

Es muy posible, sin embargo, que esa pretensión metodológica sea también utópica, dadas las dificultades que presenta la aplicación de la teoría. La primera dificultad está en el problema de la imputación, clave en toda manifestación de la sociología del saber. La generación, como la clase en la teoría de las ideologías, invita a la hipostasis. La cuestión no parecería insoluble si no se hace de la generación - como no lo hacía Ortega - una entidad sustante, sino un campo unificado de "vivencias comunes", dicho sea en la terminología de Mannheim. Sin embargo, como esas vivencias derivan de situaciones objetivas, de acontecimientos externos, desde los más universales a los puramente domésticos, la segunda dificultad surge con la presencia de esos elementos epocales que pueden parecer más fundamentales y determinantes que los estrictamente generacionales. En cualquier caso, ensamblaje de unos y otros es ineludible y enturbia la pureza metódica. La tercera y más grave dificultad se encuentra en la fijación temporal o cronológica de las series generacionales. La propuesta orteguiana de tomar como punto de partida la denominada "generación decisiva" se vincula a su concepción de las grandes transformaciones del mundo y continúa en una orientación geistesgeschichtliche. En suma, la aceptación sociológica de la teoría de las generaciones, más allá o más acá de la sucesión de ideas y estilos, en modo alguno facilita el problema de la fijación temporal.

La inevitable arbitrariedad que arrastra consigo el momento de la determinación sociológica se delata en los diversos intentos de tipo literario en que unos y otros se adscriben a una determinada generación, desde luego en la convicción incommovible de su importancia, es decir, de que se encuentra cargada de destino.

/Sin embargo,

Sin embargo, aunque la aspiración orteguiana no se cumpla o no se pueda cumplir y a pesar de todas las dificultades señaladas, es indudable el valor heurístico de la teoría de las generaciones. Si renunciando a lo rigurosamente preciso, se acepta lo meramente "plausible" o relativamente aceptable, resultan inagotables las sugerencias que ofrece esta teoría para la interpretación histórico-sociológica. Ningún estudio de la juventud puede prescindir de ella cuando, por encima de todo estrecho funcionalismo, recuerda y trata de apresar la dimensión histórica de la vida. Como ocurre con toda técnica, con todo método, el valor heurístico de la teoría dependerá de quien se arriesgue a manejarla. Como ya ha mostrado, contribuirá a la gran interpretación brillante, pero no podemos ni debemos hacerla responsable de la gran majadería.

Reconocido el carácter arbitrario que amenaza cualquier fijación de la fecha originaria de una serie generacional, no sería disparatado conceder a las exigencias de la investigación empírica que fijasen desde su punto final y casi de modo automático - con el riesgo de incurrir en los pecados de la calificada interpretación cronológica - la articulación de fechas de las generaciones hoy contemporáneas. Esta arbitrariedad, no mayor que otras, vale la pena intentarla y se impone por sí misma si partimos simplemente de lo que ofrece nuestro "ahora". La investigación empírica de la juventud tiene por objeto "la última generación" la formada por los muchachos que hoy se encuentran entre los quince y los veinticinco años, es decir, los que nacieron hacia 1940. Retrocediendo, llegaríamos hasta la primera generación hoy viviente, la de los sexagenarios nacidos alrededor de 1903. La fecha de nacimiento de la generación dominante - a partir de los cuarenta que cuentan cuarenta años - se fijaría hacia el año 1920. ¿Qué acontecimientos epocales - nacionales, americanos y universales - cabe presumir decisivos por esas fechas en la precipitación de las vivencias comunes?

La investigación tan ambiciosamente demarcada vendría a ser así una interpretación de la historia latinoamericana a través del prisma de las generaciones vivientes. La historia social de este siglo latinoamericano está aún por hacer. ¿Por qué no intentarla como la historia de sus generaciones?

/Se emprenda

Se emprenda o no de esta suerte, la validez de la investigación empírica de la última generación, tal como ha sido aludida en distintos momentos, queda por completo intacta. Las técnicas empíricas de que hoy se dispone serían las únicas aplicables en toda su variedad. Pero al salir de ella para remontarnos a las anteriores, esas técnicas ya no podrían ser las mismas. En efecto, las "investigaciones repetidas" sólo son posibles respecto a las generaciones posteriores. Sin embargo, aunque en la investigación propuesta predominaran los métodos clásicos de la hermenéutica histórica, no sería imposible, dada la proximidad en el tiempo, innovar en ciertos aspectos con los métodos de la ciencia social contemporánea: "análisis de contenido", correlaciones estadísticas, etc.

Dicha investigación, sugerida sin la menor solemnidad por un miembro de la que acabamos de denominar "primera generación", no puede realizarse sino con el esfuerzo mancomunado de las generaciones más jóvenes. Sospecho que esta incitante sugestión - bien poco egoísta - no ha de caer en saco roto.